

LA REFORMA SIN HACER

El puñado de asesinos que van consiguiendo dominar la fisonomía política de este país, por encima de toda razón y de toda voluntad nacional, tienen a su favor un ambiente de debilidad. Actúan en un medio blando y desprovisto de recursos. La política que ha irrumpido en este país a partir de la muerte de Franco es de una carencia ética considerable y no está sabiendo crear en el ciudadano el espíritu cívico necesario. Por el contrario, ha llegado a producir un desencanto y un desistimiento que son todo lo contrario de lo que requiere la democracia que se trata —¿se trata?— de formar.

HACE unos años, cuando las personas que osaban defendían la necesidad de que el país saliera de su cárcel autoritaria para buscar un Gobierno de todos y restaurar la soberanía popular, los enemigos más falaces de esta forma de organización de la sociedad, sin renegar de ella decían, sin embargo, que "el pueblo español no está preparado para la democracia". Más de una vez se ha respondido desde estas páginas que el problema principal no era ese, sino el de que las clases dirigentes no estaban preparadas para la democracia. El tiempo ha venido a demostrar que aquella frase era algo más que un cierto rasgo de humor. Las clases dirigentes de entonces no estaban preparadas para organizar un país democráticamente; por desgracia, la organización democrática se ha seguido entregando a las clases dirigentes de entonces: a veces, a los mismos nombres y personas; generalmente, a individuos reclutados dentro de esas clases que por privilegios antiguos tienen las posibilidades y los resortes del poder.

UNA democracia, en sí, es la posibilidad del relevo en las clases dirigentes, la creación de una permeabilidad social que permita el ascenso (si es que la política se sigue pensando en conceptos de "arriba" y "abajo") de otras personas y otros grupos, la voz de otras clases sociales y el cambio de poder cuando las circunstancias lo requieren. La forma en que nació la democracia española fue tan precaria que no lo permitía; la construcción o creación de esos mecanismos se ha hecho en función de ello. A partir del invento de un partido político de poder, la UCD, uno de cuyos miembros destacados decía la semana pasada: "Nos preparamos para estar en el poder veinte años más". No es España un caso aislado. Comentábamos recientemente uno de los aspectos del drama italiano: la caída del régimen fascista fue sustituida por la creación de un partido de

poder, la Democracia Cristiana, que ha permanecido en él desde hace más de treinta años y en él sigue, ahora con lo que se llama el consenso o la colaboración de todos los otros partidos políticos, cuando en realidad ese consenso no es más que una resignación ante la imposibilidad de crear un verdadero cambio político. A su vez, Italia tampoco era una excepción dentro del continente europeo, o de la parte occidental de este continente. Se trató entonces firmemente de que no hubiera una posibilidad de cambio en las estructuras económico-sociales, con tal éxito que las consecuencias se siguen pagando. Paralelamente, se buscó en todo el mundo —desde el centro de decisiones de Washington— un juego igualmente eficaz. Recordemos las independencias de los países colonizados. También entonces se empleaba la frase típica de que "no estaban maduros", y aún ahora se suele decir, a la vista de los trágicos resultados de la vida política en Asia, África o América, que se está pagando el haber dejado el poder en manos de los inmaduros. Cuando, en realidad, ha sucedido lo mismo: el designio imperial ha puesto en cada uno de estos países —aunque algunos se hayan podido escapar del circuito: y muchos de los que han escapado apenas han conseguido otra cosa que entrar en otro circuito— unas clases dirigentes en nada decididas a construir la democracia.

El ejemplo negativo de Italia —por retrotraernos a lo más próximo, a lo más claramente visible— nos debería ilustrar acerca de nuestro propio presente. El partido del poder en España, aparte de sus apelaciones oficiales y de sus declaraciones de principios —que no tienen ninguna importancia a la hora de las realidades— está fabricando un mecanismo democrático adulterado. En cuanto se refiere a la política general —Cortes, Constitución, forma de Gobierno— como en cuanto se refiere también a la vida diaria. La palabra reformistas es posiblemente demasiado amplia para la acción que están realizando. La supuesta reforma económica no acaba de ser más que la verbalización de un caos, la disimulación a veces estadística y a veces oratoria de una inflación incontenible y de un paro que no cesa. Los pactos de la Moncloa se han convertido, en manos del Gobierno, en una amenaza y un reproche continuo para los empresarios que ven su capacidad continuamente disminuida, para los obreros que encuentran su nivel de vida mermado cada día. Que aquéllos respondan con lo que se llama huelga de inversiones, y éstos con la huelga directa y abierta, se suele considerar desde las altas esferas políticas como una falta de espíritu cívico y de colaboración ciudadana. Con la esperanza, siempre, de poder volver a una de las más repugnantes fórmulas de los



La política que ha irrumpido en este país después de la muerte de Franco es de una carencia ética considerable y no está sabiendo crear en el ciudadano el espíritu cívico necesario.



Aquí y ahora se puede producir la confusión de que no se sepa claramente si el director general de Prisiones ha sido asesinado por represalia de que antes hubiese sido asesinado un preso o por haber castigado a los culpables presuntos de aquella muerte. (El ministro de Justicia, señor Lavilla, vela el cadáver de don Jesús Haddad.)

últimos siglos: la de que España es un país ingobernable. La realidad es que España ha sido siempre un país mal gobernado; y, generalmente, contando con la longitud de la Historia, un país excesivamente gobernado. Como lo es ahora. Tenemos una forma de Gobierno que no cesa en toda clase de controles y de mecanismos de seguridad para que nada pueda escaparse a su designio. Dicho de otra manera, a su poder. Desgraciadamente, una filosofía del poder que está considerándose como un fin —otra vez, durar y dominar— más que como un medio: el medio para llevar adelante al país y a sus ciudadanos. No se extrañe este Gobierno dominante de encontrar escasa colaboración en los ciudadanos y un malestar cívico creciente: no está sabiendo crear otra cosa. Italia se encuentra en la situación que todos sabemos porque la democracia a la que dieron nombre De Gasperi, Fanfani y Aldo Moro era ya una ficción, y dejó desamparadas las necesidades de un país que salía de otra larga injusticia social, la del fascismo mussoliniano.

LA forma en que el Gobierno está tratando de hacer frente al caos que, si no ha llegado todavía a más, es porque el pueblo —en el sentido más amplio de la palabra, que no puede referirse ya exclusivamente a los campesinos y obreros— tiene mucho más espíritu cívico que el que se le atribuye, es una forma enteramente nacida de su vicio de origen y de su concepto de la gobernación y de la fuerza. La debilidad en la que sobrenada desde el puñado de asesinos hasta el de los conspiradores de todas las clases no es una debilidad de poder, sino una debilidad de siste-

ma. Las grandes reformas y los grandes cambios que necesita España no llegan. La serie de episodios que tiene ahora su punto culminante en el asesinato de un director general de Prisiones que apenas tuvo tiempo de demostrar su buena voluntad, es mucho más larga de lo que se quiere ahora recordar. Comienza por la incapacidad de este Gobierno para modificar enteramente el concepto de prisión, el de castigo, el de represión y el de rehabilitación social. Y, naturalmente, comienza mucho antes de las prisiones: comienza en la incapacidad de dar unas esperanzas de reformas de la so-

ciudad que reduzcan la vía de la delincuencia, o de todas las delincuencias: desde el pequeño hurto hasta la gran estafa financiera. En todo ello se puede producir la confusión de que no se sepa claramente si el director general de Prisiones ha sido asesinado por represalia de que antes hubiese sido asesinado un preso o por haber destituido y castigado a los culpables presuntos de aquella muerte (sin que el "por" suponga ninguna clase de justificación, sino el indicativo de un pretexto), y que a la hora de culpabilizar haya cuatro grupos terroristas que se atribuyan el hecho (o más bien que desde los puntos de conveniencia política se haya hecho la ficción de las reivindicaciones); y que, cuando se trata de describir estos grupos terroristas, nadie sepa aún cuál es su fondo, cuál es la mano que los mueve y cuál es su intención.



NO ha habido reformas en las prisiones, como no la hay en ninguno de los aspectos de la vida nacional, como no sea en algo tan cínicamente visible como una permisividad en los espectáculos y las publicaciones eróticas —disimulada con alguna multa de vez en cuando, o con algo tan risible como limitar las prohibiciones de exhibición en Semana Santa a los espectáculos clasificados—, o como el juego. La reforma profunda de la vida del español está sin hacer. De donde el desencanto, la frustración, el vacío. Del que luego se reprocha al ciudadano mismo por su falta de colaboración. Por su falta de un civismo que se reprime cada día, para ejercer el paternalismo del que en España el poder no sabe prescindir. No está maduro. ■